

Reflexiones sobre la inseguridad, la violencia, la ilegalidad entre los habitantes de la ciudad. Lo que necesitamos para el cambio social

Nelia Tello¹

Resumen

Se presentan las reflexiones desde la perspectiva del Trabajo Social que contempla como epistemología a la complejidad y transita entre los problemas estructurales, comunitarios y particulares. Esta perspectiva entiende a la inseguridad, violencia e ilegalidad como una categoría que centra como su unidad de análisis lo relacional, así aborda la relación entre los mismos habitantes de la comunidad: entre la policía y los miembros de la comunidad, entre las familias y los miembros de la comunidad, entre las autoridades y los miembros de la comunidad, por lo cual reflexiona sobre los jóvenes, enunciados por los demás miembros de la comunidad como protagonistas de la violencia comunitaria; termina concluyendo que el responsable somos todos y de acuerdo con la necesidad de una transformación, no basada en buenos deseos sino en comportamientos que resignifiquen al otro y nos capaciten para construir la diferencia.

Palabras clave: Inseguridad, violencia, ilegalidad, jóvenes, entrevistados.

Thinking over insecurity, violence, illegality, among Mexico City's population. What is necessary for a social change?

Abstract

From the perspective of Social Work that considers complexity as epistemology traversing structural, community and particular problems, this articles focuses on the following categories: Insecurity, violence and illegality. Such categories remark the relational unit of analysis, thus addressing the relationship among inhabitants of the community, between the police and community members, as well as between families and families, the authorities and members. A considerable faction of members of the community indicates youngsters as leading the community violence, so that the articles main consideration deals with them.

¹ Agradezco en particular el trabajo de campo y las discusiones con el grupo 1506 ENTS, UNAM: Perla Baltazar Victoria, Ilse Pamela Becerril Granados, Lesli América Bruno Saínos, Ahtziri Slinn García Brindis, Jesús Gabriel Hernández Martínez, Giovanni López Rodríguez, Valeria Memetla García, Norma Nava García, Nelly Sarahit Rivera Velázquez, Karolina Soria Domínguez, Dulce Cecilia Maya Cabello.

It concludes underlining the share responsibility for accomplishing transformation – not based on good wishes but on behaviors that resignify the others and enable the community to build the difference.

Keywords: insecurity, violence, illegality, youngster, interviewed.

Introducción

En 1994 hicimos –en la Escuela Nacional de Trabajo Social– una investigación acerca de los principales problemas en la Ciudad de México, a partir de 50 estudios de comunidad realizados en el mismo número de colonias de las 16 delegaciones del entonces Distrito Federal (D.F). Lo llevaron a cabo diferentes grupos de prácticas de comunidad, buscábamos cuál era el principal problema sentido por la población. Encontramos que era la inseguridad pública –la gente tenía miedo en sus propios entornos–, de ahí en adelante la inseguridad comenzó a situarse como uno de los grandes problemas nacionales. Poco después fuimos invitados, por Sergio García Ramírez, a participar en un proceso de evaluación de aspirantes a ingresar como policías al Instituto de Formación Profesional del D.F. Así comenzamos a incursionar en el problema de la inseguridad pública de la hoy Ciudad de México (CDMX), partiendo de la percepción de los diferentes actores: la población, la autoridad, la policía.

Entonces el enfoque dominante era el de policías y ladrones; poco a poco se ha extendido la aceptación de lo social como parte del problema, aunque frecuentemente solo se agrega al enfoque anterior y no se trabaja como una situación com-

pleja que hay que atender en su integralidad; perdiendo con ello el impacto que se pretende alcanzar.

Nosotros propusimos Comunidad Segura –que en 1994 fue calificada en Dubái como buena práctica– como un modelo de seguridad comunitaria, con la participación de autoridades, policías y comunidad. Nótese que el delincuente no aparece, es parte de la comunidad y se asume como tal, sin estigmatizaciones de ninguna especie. Aún hoy trabajamos con él, pero ajustado a los cambios que presenta la realidad y con diferentes énfasis según la circunstancia de que se trate.

Sin embargo, la situación ha cambiado mucho, la inseguridad se complejizó al crecer el narcotráfico en México. Hoy es uno de los problemas centrales de la región. Entre 1996 y 1998, el presupuesto federal para la seguridad pública creció doce veces y, cuatro años después –en mayo de 2002– el entonces secretario de Seguridad Pública Federal afirmó que los recursos que el gobierno federal destinaba a ese rubro habían sido abundantes y los resultados no concordaban con tal esfuerzo. Entre 1996 y 1999, los recursos para la seguridad pública en el país crecieron cuarenta veces (López Portillo, 2002).

Después, la situación ha entrado en una espiral sin control: han aumentado el

crimen, los cuerpos de seguridad, el presupuesto, la impunidad y las muertes. El ejército y la marina se volvieron elementos esenciales en esta lucha. El problema se naturalizó y se convirtió en parte de la vida cotidiana de la sociedad mexicana. "[E]l delito forma parte de nuestro ambiente cotidiano, tan constante e incesante como el tiempo mismo" (Garland, 2001). Hoy el nuevo gobierno sigue aplazando la entrega de su plan de seguridad; aún no parece que haya afinado una nueva estrategia.

Nuestro trabajo en la Ciudad de México no ha sido interrumpido, recorremos diferentes delegaciones, diferentes colonias populares, plazas públicas, cualquier espacio ocupado por grupos de población, puestos ambulantes, paraderos, transeúntes, etcétera. Este artículo se integra desde la reflexión teórica de comportamientos y fragmentos del discurso recuperado en recorridos observacionales, a través de diversas aproximaciones sondeos, entrevistas, cuestionarios aplicados a habitantes de la Ciudad de México.² En diversas calles de colonias populares.

La desigualdad

El problema de la inseguridad pública no se puede ver como un problema aislado, es necesario contextualizarlo, y no de manera arbitraria y fragmentada como suele hacerse. México es un país caracterizado históricamente por la desigualdad econó-

mica, política y social; que vive momentos de extrema y cotidiana violencia, en una época de transición política, con un estado de derecho débil y una impunidad casi total. En este contexto, la desigualdad genera las condiciones básicas para la situación que vivimos como sociedad globalizada.³

La desigualdad mexicana no es un problema de los últimos tiempos, ya en 1822 Humboldt decía que México no solo tenía la ciudad de los palacios, también era "el país de la desigualdad. Acaso en ninguna parte la hay más espantosa en la distribución de fortunas, civilización, cultivo de la tierra y población." (Humboldt, 1822) El primer objetivo del estado es hacer posible la convivencia entre todos sus miembros; en palabras de García Ramírez, el Estado ha fallado en el principal objetivo de proveer seguridad.

México y Brasil son los países con mayor desigualdad en América Latina; dos terceras partes de la riqueza de México están en manos del 10% más rico del país y el 1% de los muy ricos acaparan más de un tercio de ese 10%. Por ello, el coeficiente de Gini es de 0.791. La distribución es todavía más desigual en los activos financieros: el 80% es propietario del 10% más rico. El 60% de la población es pobre, y el 60% del trabajo de la población económicamente activa es informal. La desigualdad va reduciendo oportuni-

2 Forma parte de proyectos de investigación más amplios sobre la inseguridad, la violencia, y la ilegalidad, que he realizado y coordinado en diferentes localidades del país.

3 Es importante no perder de vista lo que implican los procesos de globalización; en este caso, es de primordial importancia pensar en el desdibujamiento del Estado y de las instituciones que soportan la estructura interna del país.

dades para unos, mientras que para otros va aumentándolas; hay un abismo en las circunstancias que viven, lo peor es que el problema no es solo entre los ricos y los no ricos, sino en los diferentes estratos jerárquicos que se van generando en toda la sociedad, con lo que esta se fragmenta totalmente.

Dice Boaventura de Sousa Santos que la desigualdad es un sistema de pertenencia jerárquico: unos arriba, otros abajo y unos más excluidos. Nadie ocupa el mismo lugar en la familia, entre los amigos, en la escuela, en el trabajo. Si "se adopta una concepción histórico-política de estos fenómenos, según la cual la desigualdad y la exclusión social son una construcción social derivada de los distintos factores estructurales económicos, sociales, políticos y culturales que componen un modelo de organización social" (Santos, 2005) se puede entender que la desigualdad en México no es exclusivamente un problema económico; la hemos interiorizado y vivimos todos con reglas de convivencia sustentadas en ella, solo así nos relacionamos entre nosotros, desde cualquier estrato socioeconómico, en cualquier tipo de comunidad, en cualquier grupo social... todos obedecemos, todos mandamos; nuestras relaciones sociales son predominantemente de dominio y sumisión, a partir de un sinnúmero de indicadores que, de manera esencial, siempre tienen un trasfondo económico, y demuestran un diferente nivel adquisitivo, político o cultural que nos jerarquiza continuamente. Niveles que subdividen, que separan, que enfrentan hasta llegar al desconocimiento

y negación del otro. No nos encontramos con los diferentes de nosotros, pero, si fuera eso posible, quizás no nos reconoceríamos o nos sorprenderíamos de la existencia de los demás. Así, la desigualdad no solo se mantiene sino que se amplía constantemente.

En la Ciudad de México, la desigualdad es visible en cada alcaldía, en cada colonia, en cada cuadra, en cada casa. Los muros de las casas suelen ser altos y el interior está cubierto para que no se pueda ver desde el exterior. Cada vez es más ancha la brecha entre quienes pueden costearse seguridad privada y los que no pueden, dice Galard. La diferencia es recursiva, hay barrios exclusivos, ahora enrejados y con un sinnúmero de mecanismos de seguridad, pero, fuera de esos barrios, en cualquier sitio se hallan casas grandes, edificios más altos o más pequeños, viviendas múltiples y –siempre cerca muy cerca– una casa de láminas y cartón. Son pocas las colonias exentas de esta diversidad. No hay demasiado control, ni planeación urbana y por todos lados hay barrios que se perciben seguros y otros que se sienten inseguros. La interacción directa entre las diferentes clases sociales se da principalmente a través de los empleados domésticos y de servicios en general, quienes pueden dar cuenta de otras formas de vida; ni en escuelas, ni en centros comerciales, iglesias o plazas públicas existe otro tipo de contacto directo continuo entre diferentes grupos sociales. Los espacios públicos están jerarquizados, aun entre lo que aparentemente es el mismo tipo de colonia, de escuela, de servicios.

En las colonias llamadas residenciales, las zonas comerciales están delimitadas; se selecciona a quienes viven allí segregados de los demás, con quienes tienen escasos contactos y a quienes les temen.

También ha aumentado el gasto en seguros, seguridad privada y sistemas de protección. Así pues, la violencia genera cambios en el diseño urbano, la vida diaria y la percepción y valorización de la inseguridad, y favorece la seguridad sobre el contacto (Panthers y Castillo, 2007).

En las colonias populares, aparentemente abiertas a cualquier tipo de personas, se crean también zonas marginadas y algunas –las menos–, se cierran en la práctica a extraños. En ellas hay toda clase de comercios, casas habitación unifamiliares, multifamiliares y vecindades;⁴ se ofrecen servicios sin ninguna restricción, se acumula material de desecho en las banquetas, hay intensa vida en común en la calle, animales callejeros, grafiti, casas en proceso de construcción y gente deambulando en la zona o sentadas en sillas frente a sus zaguanes o en las mismas banquetas, donde pasan largas horas del día compartiendo con el vecino. Tales contactos generan vida en común, pero por la cercanía no solo integra, sino que también propicia roces frecuentes, pleitos, enfrentamientos y hasta odios vecinales que provocan todo tipo de conflictos, que se multiplican entre los hijos y así, se dañan

las relaciones entre las diferentes familias. El espacio organiza la intensidad de las relaciones, diría Simmel.

La discriminación está extendida en la sociedad mexicana, se manifiesta en múltiples escenarios y relaciones, se practica de manera consciente o inconsciente, y se sustenta en prejuicios de todo tipo, desde barreras de exclusión a oportunidades de desarrollo individual y colectivo en todos los ámbitos de la existencia humana: social, político, económico y cultural (Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos, 2003)

Las estadísticas de la inseguridad y la violencia muestran claramente las desigualdades entre los diferentes grupos sociales, los delitos que preocupan a unos y otros, no siempre son los mismos. Me refiero en concreto a la violencia que se vive en la Ciudad de México, en las calles y en los transportes públicos. Unos blindan sus coches y, con frecuencia, se hacen escoltar con otro auto lleno de hombres armados para que los cuiden; algunos corren por las calles abrazando sus bolsas con mayor o menor fuerza; pocos son los que andan tranquilos. Incluso hay zonas en las que la gente camina rápido por la calle, mirando constantemente hacia atrás; en otras, ni caminan. Dice una señora, entrevistada en la colonia Guerrero:

aquí es muy seguro, puedo andar por todos lados sin que me pase nada, todos me conocen; bueno, no es lo mismo contigo. Luego se ve que ustedes no son de por aquí, tú eres un extraño, entonces a ustedes sí los pueden asaltar, cuídense.

4 Terrenos unifamiliares subdivididos en pequeñas viviendas en donde se aglutinan diferentes familias.

O el policía que anda en la calle por el mismo rumbo: aquí es tranquilo, unos cuantos asaltos al día. Son los mismos chavos de por aquí” (Tello, 2018).

No existen cosas o eventos fijos, con significado intrínseco; su significado solo surge a través de la interacción con otros eventos o cosas (Levine, 1971, p. XXXIII).

La inseguridad, la violencia y la ilegalidad

Entendemos desde la complejidad el problema de la inseguridad pública, razón por la que trabajamos la inseguridad, la violencia y la ilegalidad como una sola categoría de análisis, pues no hay inseguridad sin violencia, ni violencia pública sin ilegalidad. La complejidad como epistemología se constituye en una forma de entender el todo, *lo tejido junto*, señala Morin. La complejidad se presenta con los rasgos inquietantes de lo enredado, de lo inextricable, del desorden, de la ambigüedad, la incertidumbre. Allí es donde hay que acotar el problema que se pretende comprender; allí donde, a través de diferentes aproximaciones, se encuentran las diversas interconexiones que dan lugar a esa expresión de la situación-problema.⁵

Entendemos la inseguridad, la violencia y la ilegalidad como problemas sociales –entretejidos en la estructura desigual de la sociedad–, y a la vez como procesos relacionales intermedios y como expresiones concretas de interaccio-

nes entre los diferentes actores sociales. Así, la inseguridad, la violencia y la ilegalidad se expresan en lo macro, lo meso y lo micro transversal, persistentes y recursivas en variadas dimensiones y formas, siempre constantes. Ahora su presencia es más intensa, más extrema, más incontrollable. México ha aportado en los dos últimos años la misma cantidad de muertos que otros países en guerra. En 2018, en la Ciudad de México (CDMX) ha habido una tasa de casi 70 mil delitos por cada cien mil habitantes.⁶ En las distintas comunidades la percepción sobre la inseguridad⁷ es alta; sin embargo, la gente en la calle habla de lo que ocurre como si ellos fuesen ajenos a ello y con frecuencia se lo achaca a otros, pocas veces expresan sus experiencias en primera persona.

La inseguridad, la violencia y la ilegalidad se interiorizan como algo natural: *las cosas son así, no podemos hacer nada*, y dejan o dejamos de sorprendernos. Vivimos aceptando y adaptándonos a las circunstancias, no intentamos cambiar nada, solo nos cuidamos si nos sentimos amenazados. Aquella viejita que atiende su puesto en el mercado y le roban algo cada que se descuida, dice: “tenemos que andar a las vivas todo el tiempo”. La misma frase la utilizan quienes pretenden sacar ganancia de cualquier situación. Para Beck, los riesgos (inseguridad) no se agotan en consecuencias y daños que ya hayan te-

5 Entendemos que la situación problema comprende a un sujeto que experimenta un problema concreto en un contexto específico.

6 No olvidar que la denuncia de los delitos es casi nula.

7 Nos referimos al grado de inseguridad que denuncia la población, no a la que se reconoce a través de las mediciones de indicadores.

nido lugar, sino que contienen esencialmente un componente de futuro. Esto es, la inseguridad se vive generalizada, como desconfianza hacia lo que se espera que suceda. En este sentido, la situación se agrava cuando encontramos que quienes no han sido víctimas de la violencia viven aterrorizados por lo que les pueda pasar, no por lo que ya les pasó. Son estas las emociones que explota el mercado de la seguridad: venta de candados, cerraduras, rejas, pistolas, alarmas, sistemas de vigilancia, etcétera. Lo más grave es que la solución al problema no se piensa como posible desde el colectivo al que pertenecemos, sino desde una serie de acciones ajenas a quienes la sufren en un espacio social común.

La inseguridad se vive como realidad, pero también como amenaza; se tiene miedo y, aunque su significado no es igual para todos, el miedo es compartido; no así las medidas para enfrentarlo. La seguridad se ve como la posibilidad de regresar a casa sin ningún contratiempo; hoy nos conformamos con llegar. Los adultos y las personas mayores no se cansan de repetir "antes no era así", afirmación que utilizan en sentido positivo o negativo. Esta expresión denota una pérdida que se convierte en una añoranza; evidentemente solo afecta a los adultos y, casi siempre, tienen más miedo las personas de mayor edad. En general, las mujeres expresan mayor ansiedad que los hombres, a pesar de que ellos son quienes sufren con mayor frecuencia algún evento de inseguridad o violencia. Asimismo, no haber sufrido personalmente la violencia se convierte en

una expectativa de futuro que condiciona la manera en que se vive el presente: desde la incertidumbre, en espera de lo que pueda llegar a suceder; no desde la calidez de un hogar compartido solidariamente.⁸

En el año 2002, cuando preguntábamos a la población adulta en dónde se sentía más segura, la respuesta era: "donde hay más gente". Ahora las personas contestan: "en ningún lugar, ya no importa si hay gente o si no la hay para que sucedan actos de violencia" (Tello, 2018). La presencia de los demás ya no disuade al criminal. El control social que podía ejercer la población ha desaparecido, los demás ya no son significativos para ello, prevalece el miedo y la indiferencia. Se trata de una característica de los tiempos actuales, exacerbada por la manera en que operan los criminales. Se cree que hay más posibilidad de sobrevivencia en la medida en que cada sujeto cuida de sí mismo, sin ver por el otro. Este hecho debilita al colectivo; los individuos se sienten vulnerables e impotentes ante la violencia, y saben que la presencia de otros no es un antídoto para evitarla; ello incrementa la desarticulación social. Así, se multiplican los eventos delincuenciales a la vista de todos aunque –llegados a un límite como parece estar sucediendo en los últimos tiempos– ante la impotencia y total tolerancia al crimen, por parte de las autoridades, comienza a aparecer la contrapartida a estos hechos, con las acciones de justicieros que toman en propia mano la defensa de la población y con los

8 Este tema lo toco más adelante.

linchamientos urbanos que se han multiplicado en los últimos tiempos.

En sondeos y entrevistas realizados entre la población abierta que circula en la calle de la CDMX,⁹ proliferan las anécdotas sobre eventos de violencia que los sujetos han vivido, de las que han sido testigos o, con mayor frecuencia, de lo que supieron, escucharon, o les dijeron.¹⁰

La característica común es que la policía nunca llega o llega tarde, a pesar de tratarse de avenidas muy transitadas, y que los asaltantes u homicidas son jóvenes que van de dos en dos e incluso de tres.¹¹ La gente se refiere a ellos como parte del paisaje, de lo que sucede a diario y de quienes hay que cuidarse.

Los policías que rondan por allí no modifican nada su comportamiento en su tiempo de trabajo; su actitud corporal es de descanso, están relajados, platicando, hablando por teléfono, leyendo algún periódico o durmiendo en la patrulla. Hablan de asaltantes y robos, con o sin violencia¹² como algo común, no grave, que ocurre "porque los padres no están al pendiente de sus hijos"¹³ y aseguran "yo le ruego a

Dios que me permita regresar con bien a mi casa". La mayor parte de los delitos son de bajo impacto, pero con violencia.¹⁴ Sin embargo, hay delegaciones –hoy alcaldías– con un índice considerable de delitos de alto impacto, relacionados en su mayoría con ajustes entre narcotraficantes, y también con delitos que tienen que ver con la compra-venta cotidiana de droga a los estudiantes en el entorno de las escuelas de enseñanza media, como desapariciones forzadas y asesinatos.

La población que vive en entornos donde recientemente han matado a alguien, se refiere a ello como un evento aislado, ajeno a la dinámica del lugar. Suponen que se trata de problemas personales de los involucrados, que nada tienen que ver con el día a día del hábitat compartido. De esta manera aíslan lo sucedido de su realidad y pueden seguir en ella como si nada hubiera pasado. "A través de este medio se puede trascender lo cotidiano [...] distanciarse uno mismo de la realidad manifiesta del mundo" (Luhmann, 1996); pero cuando los sucesos son continuos y se separan entre sí solo por unos cuantos kilómetros, el político no lo puede ignorar y tendría que reconocer que, desde tiempo atrás, también la Ciudad de México tiene graves problemas de inseguridad, muchos de ellos asociados al narcotráfico.

Todos coinciden, eso sí, en que el problema son los jóvenes, que "están de ociosos, se drogan, no quieren trabajar y no se conforman con cualquier cosa." Nadie los

9 Investigación realizada por el Grupo de Prácticas de la Escuela Nacional de Trabajo Social (ENTS) de la UNAM, en población abierta en la Ciudad de México, 2018.

10 Este mecanismo de toma de distancia es una decisión de los entrevistados, necesario para su seguridad y también, a veces, la nuestra.

11 Lo que da lugar a ser acusados de criminales.

12 En realidad siempre es violento, de lo contrario, no sería robo. Se trata de una acción impuesta contra la voluntad del otro.

13 Hace unos diez años este discurso se unificó y no he vuelto a escuchar ninguna otra explicación de parte de un policía de la Ciudad de México.

14 La clasificación es robo con violencia o sin violencia, lo que lleva a asumir que el robo sin el uso de un arma no es violencia.

reconoce como sus hijos, pero sí saben que andan en malos pasos. Cuando ya es innegable, otra vez aparece la distancia, "no sé cómo llegó aquí, yo le di todo lo que pude, pero él es muy ambicioso" (Tello, 2018).

Así, donde antes había comunidad, autoridades y policías, hoy hay comunidad desorganizada, crimen organizado, sociedad civil y víctimas; donde había autoridades, hoy hay corrupción; donde había policías, hoy hay marinos, ejército, justicieros y linchamientos. Además, donde había fuertes lazos, aceptación, reconocimiento, encuentro, hoy hay familias enfrentadas, desconfiadas, juntas por la necesidad, pero no por el afecto; y comunidades escolares acusadas y acosadas por la criminalización de actos cotidianos tipificados como complicidades y no como parte de la vida cotidiana que todos experimentamos. Como ya decía: cada cierto tiempo se incrementa de manera considerable el presupuesto para la atención de la inseguridad; pero cada día aumenta, al igual que la circulación de armas, los delitos, la violencia y los muertos.

La población no espera nada del gobierno,¹⁵ se le ha descartado como opción, se le percibe rebasado. Menores expectativas se tienen de la policía, actor inmediato en quien supuestamente la población podría o debería de tener puesta su confianza para la resolución de los problemas de inseguridad. Así, la inseguridad, la violencia y la certeza de la vulnerabilidad que da la impunidad, convierten la situa-

ción en un problema personal, aunque de vez en cuando se convoca a los vecinos a organizarse para ejercer la justicia por propia mano (véase tabla 1).

Cuando un grupo de vecinos ha intentado varias acciones y todo sigue igual, decae el interés del colectivo por la organización y se conforman con aceptar las acciones del gobierno local; aquí en la Ciudad de México hay más de 20 mil cámaras vigilantes,¹⁶ en muchas colonias hay grandes farolas puestas por las delegaciones, y en algunas hay alarmas comunes.

Es importante aclarar que el que existan no significa que sirvan de algo. De otra forma, también han proliferado los linchamientos, y no en pocas ocasiones la muchedumbre ha sacrificado a inocentes.

Dos contradicciones muestran la profundidad del problema: la primera es que la gente que dice desconfiar de la policía es la misma que, en cualquier oportunidad, pide más policías; la segunda es que los sondeos en la Ciudad de México revelan que la mayoría de los entrevistados se dicen dispuestos a tolerar el abuso policial a cambio de que la institución acabe con el delito.

La violencia

A decir de Elsa Blair, la palabra violencia –como muchas otras– es multisémica y se

15 Con el triunfo de Andrés Manuel López Obrador se han generado nuevas expectativas.

16 Hace veinte años se denunciaba como control cuando las autoridades ponían cámaras para la vigilancia, hoy la población se queja de que no las pongan. La tendencia a pensar la seguridad como control se ha impuesto, y por mucho. Yo diría que quienes hemos trabajado el tema, no hemos sido capaces de construir ciudadanos que perciban el problema de seguridad desde un pensamiento crítico.

Tabla 1. Delitos, enero-junio 2018

Delegación de los hechos	Núm. de indagatorias iniciadas por delitos del fuero común	Concentración de delitos de	
		Alto impacto*	Bajo impacto*
Álvaro Obregón	7 033	9.4%	90.6%
Azcapotzalco	5 591	12.3%	87.7%
Benito Juárez	10 438	4.8%	95.2%
Coyoacán	7 529	8.5%	91.5%
Cuajimalpa	1 594	4.8%	95.2%
Cuauhtémoc	17 691	7.6%	92.4%
Gustavo A. Madero	11 208	15.8%	84.2%
Iztacalco	4 688	11.9%	88.1%
Iztapalapa	16 524	17.7%	82.3%
Magdalena Contreras	1 600	6.6%	93.4%
Miguel Hidalgo	7 309	11.8%	88.2%
Milpa Alta	849	9.5%	90.5%
Tláhuac	2 812	15.3%	84.7%
Tlalpan	6 421	9.3%	90.7%
Venustiano Carranza	6 128	11.5%	88.5%
Xochimilco	3 552	18.6%	81.4%
Sin ubicar**	283	8.8%	91.2%
Ciudad de México	111 250	11.4%	88.6%

Fuente: Elaboración por la PGJDF-DGPEC con base en la información del Sistema SIAP.
 * Establecidos por el Gabinete de Seguridad de la CDMX.
 ** Se refieren aquellas indagatorias donde no se precisa con exactitud la delegación donde ocurrió el delito, por lo regular son las notificaciones hospitalarias.

emplea en diversas situaciones; pese a ello, al enunciarla siempre entendemos que:

Las formas como se usa la fuerza contra algo o contra alguien son infinitas y, de hecho, esa descripción podría comprender prácticamente todos los actos del ser humano [...] La violencia es fascinante. Todos la condenan y, sin embargo, aparece en todas partes. Nos atrae y, a la vez, nos horroriza. Es un elemento fundamental de nuestras diversiones (cuentos

infantiles, literatura universal, industria cinematográfica) y un componente esencial de muchas de nuestras instituciones sociales. En la mayor parte del mundo se acepta que está presente en la vida familiar, los asuntos religiosos y la historia política (Sofsky, 1996).

La usamos para nombrar la guerra primitiva y altamente tecnificada, pero también para un pleito a golpes entre juveniles. Tiene momentos históricos, causas,

objetivos distintos; siempre implica una fuerza impuesta.

La violencia aparece en los niveles macro y micro. Hay violencia legítima y violencia ilegítima, también formal e informal. Según la filósofa Juliana González, la violencia es una fuerza que irrumpe, que arrasa, que impone, que destruye. Es la última respuesta del ser humano,¹⁷ pero también se convierte en cultura. Se llega a aceptar como parte de la manera de relacionarse en una sociedad. Aparece cuando es posible que su expresión tenga lugar: como guerra, como acto colectivo o simplemente como acción individual. "La violencia es entonces un medio posible, ante el carácter endeble de límites capaces de asegurar el orden de una cultura, de una civilización" (Escalada, 2017).

"La violencia puede disminuir sistemáticamente las perspectivas del ser humano en todos los sentidos imaginables, en muchas direcciones y durante mucho tiempo" (Zavaleta, 2017). Las relaciones entre incivildad y delincuencia son complejas, no mecánicas; sin embargo, es común que las incivildades sean la antesala de los delitos. Cuando la civilidad es poca, la violencia sutil se hace presente en las interrelaciones de cualquier ámbito de la sociedad; cuando la frustración, la impotencia y el coraje de lo soportado explota, aparece la violencia extrema. Es fundamental dejar claro que solo en ciertas patologías la violencia extrema aparece en forma repentina; por lo general, la violen-

cia extrema es expresión del ambiente en que se vive, el cual la propicia y la permite, a veces sin límites. La violencia se aprende y es exponencial. Su ejercicio continuo implica un proceso de descomposición social, de deshumanización, donde el otro ha dejado de significar alguien igual a mí, no lo reconozco como sujeto y la carencia de vínculos sociales me incapacita para pensar en un nosotros. "El otro pierde paulatina pero inexorablemente la cualidad de ser parte del colectivo con el cual puedo vincularme y hacer lazo. [Entonces,] comienza a ser significado en su cualidad de peligro frente a la existencia propia" (Zavaleta, 2017), porque solo lo miro como obstáculo y no lo reconozco como semejante. De esta manera, la violencia adquiere proporciones no imaginadas entre nosotros, y pareciera que la tenemos que sortear caminando continuamente en estado de alerta: el otro ya no me protege. Así lo demuestran los múltiples relatos de transeúntes de nuestra gran ciudad.

Los habitantes de la Ciudad de México han interiorizado la desigualdad y la violencia. Si bien el miedo está presente, la población asume que debe seguir realizando sus actividades cotidianas; trata de cuidarse y, en mayor o menor medida, evita lo que considera muy peligroso. Sin embargo, el enojo, la rabia de los jóvenes marginados –algunos de ellos autodenominados anarcos– no se hace esperar. Aparecen en cualquier acto de expresión pública, en enfrentamientos muy agresivos contra la policía, los edificios públicos y privados, e incluso con las personas que los rodean. El resentimiento y la

17 Se refiere a que, después de ella, el individuo deja de participar en la construcción de la humanidad como proyecto.

frustración hacen –según Baró– que estos momentos sean para ellos los escenarios donde pueden exhibir la injusta reprensión a la que están sometidos.

En los últimos años se ha incrementado la violencia en el país y también en la CDMX, sobre todo en asalto a transeúntes, en robo a casas habitación y a negocios. Además, aumentaron los homicidios, las extorsiones, los suicidios y hasta las denuncias. Hoy aparecen continuamente cuerpos destrozados. Dicen los habitantes de las diversas colonias:

no hay horarios, no hay lugares, en todos lados te asaltan, a lo único que puedes aspirar es a que no te lesionen. También te tienes que cuidar de los policías, sobre todo de los que andan en las patrullas, si te llegan a detener se arre juntan hasta cinco, dizque para hacerte una multa (Tello, 2018).

Una señora comenta: "el otro día en la combi, se subieron unos a asaltar y la muchacha que iba hasta adelante que agarra y en la primera parada se avienta por la ventana, y que se bajan atrás de ella. Ya no supimos qué pasó" (Tello, 2018). O la joven que cuando le pidieron sus cosas en otro asalto en la combi, dijo: "ayer ya te di todo", y entonces el chavo se siguió de largo. O el hijo de una trabajadora de la universidad que agarraron los policías de una patrulla y tres días más tarde apareció todo golpeado, traumatado, sin hablar y con ataques de pánico. Después de un año, no se ha recuperado, ni con asistencia médica especializada.

Así, la inseguridad, la violencia y la ilegalidad son parte de los procesos funcionales de la ciudad: a veces unos; a veces otros. Vivimos con miedo, con desconfianza y resentimiento. Esos mismos policías que aparecen en las esquinas de toda la ciudad, pacíficos y tranquilos, dando discursos sobre educación parental, son quienes se llevaron al muchacho lo regresaron totalmente destruido; quienes con frecuencia aparecen en la televisión golpeados por "ciudadanos" de cualquier colonia y, de pronto, son asesinados por algunos delincuentes "armados hasta los dientes".

En un escenario cotidiano complejo, un individuo juega todos los papeles en un solo día. La aparente tranquilidad de una cotidianidad que de un momento a otro se vuelve violenta y uno se convierte en víctima o agresor. Sin saber cómo uno acaba en medio de un drama no esperado. Este es el "modo de estar siendo en la realidad presente; forma ineludible bajo la cual cada persona aprehende el mundo desde la propia corporalidad y desde la cual se asignan relaciones conceptuales" (Cárdenas, 2016). Así surgen el miedo, el coraje, la impotencia, la cotidianidad y finalmente la indiferencia ante el otro y también ante uno mismo. Indiferencia que solo es impotencia, violencia resguardada, indignación que de nada sirve. Además de víctima, serás culpabilizado por algo, cualquier cosa, no importa qué. Así es la violencia que vivimos.

Las relaciones policía-ciudadanos casi no han cambiado, a pesar de que los policías ahora están más preparados, par-

ticipan en variados e incontables cursos y usan sus armas mucho más que antes.¹⁸ Hoy su trabajo es de alto riesgo y un buen número ellos fallecen en su ejercicio profesional cotidiano. Según los periódicos, en el país muere un policía cada hora. Ya no hay forma, ya se probó con un gobierno y con otro, con policías de diferente uniforme, con el ejército, con las armas.

Sin embargo, el anquilosamiento organizacional de las corporaciones en la Ciudad de México se refleja en su trato con la población, tampoco se ha logrado establecer relaciones de confianza entre ellos. Se habla mucho de procesos de control y confianza –procesos absolutamente necesarios para el funcionamiento institucional– pero que no tienen por qué ir juntos, como si se tratara solamente de un solo concepto. Con unos unos aspectos se construye confianza, con otros se controlan; pero si ni eso se logra operar institucionalmente, los demás problemas de principios organizacionales son menos claros. No es el momento de profundizar en el tema, pero es importante reconocer a la institución policial como fundamental para la seguridad pública de una sociedad.¹⁹ Baste ver las estadísticas para

entender cómo la vida cotidiana en la ciudad se ha alterado; cómo la inseguridad, la violencia y la ilegalidad son parte de la manera en que nos estamos construyendo no en calidad de ciudadanos, sino de sujetos sociales asociales, indiferentes, aislados de una sociedad –¿fluida, en riesgo, posmoderna?– en cualquier caso, sin instituciones fuertes que faciliten la vida en común.

Los jóvenes como protagonistas

Desde hace algunos años, todas las encuestas que hemos hecho en diferentes puntos de la ciudad señalan a los jóvenes como responsables de la violencia que se vive en las diferentes colonias. Según datos oficiales, poco más de 91% de los adolescentes, de entre 12, 16 y 17 años acuden diario a la escuela. En las secundarias hay problemas de inseguridad, de violencia, de ilegalidad, que se originan en la sociedad, pero que se reproducen en donde los jóvenes estudiantes son socializados en estos procesos.²⁰ A todos los problemas que tiene la escuela como institución, hay que agregarle lo que hoy se ha convertido en parte de la cotidianidad: la violencia no solamente entre jóvenes estudiantes: el acoso entre los diferentes actores de la comunidad, el *ciberbullying*

18 Cuando Samuel del Villar era el titular de la Procuraduría General de la República (PGJ) participamos como observadores en una investigación entre pares que se hizo a policías de la corporación. Una de las preguntas era relativa a las armas y solo un policía supo qué marca era su pistola; ninguno la había disparado a lo largo de su carrera.

19 Esta discusión se da cuando se confunden las funciones de instituciones básicas para la seguridad. Es muy importante fortalecer las instituciones para que la ciudadanía confíe en

ellas. Sin instituciones fuertes, con principios y propósitos claros, con programas de desarrollo integral acordes a las necesidades de transformación nacional, no contaremos con sistemas de seguridad que sean parte de la estructura de un Estado sólido.

20 Sobre socialización secundaria, ver Shultz en *Construcción de la realidad social*, Ed Amorroutti.

que trasciende por mucho su espacio, y el narcomenudeo, entre otros. Al menos 8% de estudiantes de la secundaria ha sentido miedo en ella.

Sus padres trabajan, y los jóvenes –en el entorno vecinal y también en la escuela– están en contacto directo con las drogas, las compran, las venden, las inhalan en los baños escolares. El mundo de la inseguridad, la violencia, la ilegalidad es su mundo cotidiano, es lo normal; las denuncias solo complican la vida y, en la casa y en la escuela, aprenden que es mejor “arreglarse.” En las instituciones escolares se levantan actas por todo –siempre administrativas– mediando una serie de acciones y protocolos que no incluyen la denuncia penal, “para no perder el tiempo”; en realidad, porque saben que no sirve²¹ y para no estar en el centro de la atención de nadie, mucho menos de los medios. Eso solamente pasa cuando se salen las cosas de control y, como “con las nuevas leyes todos los testigos pueden resultar responsables legales”, es mejor protegerse, dice una funcionaria escolar. Los chavos aprenden.

Hay un pequeño porcentaje (entre 15% y 10%)²² de jóvenes estudiantes que no asisten regularmente a la escuela porque no les gusta, porque no siempre tienen ganas de ir, porque sienten que el estudio no es para ellos o porque tienen problemas económicos: no les alcanza el

dinero para el transporte y deben ayudar a su familia, por ejemplo, atender un puesto o acompañar al papá a trabajar, lo que sea que eso signifique, y lo digan explícitamente: llevar a cabo algún tipo de robo, ir con la banda... Algunos de ellos comienzan a tener lo que hoy se denomina “conflictos con la ley” y sus padres,²³ se muestran como muy sorprendidos: “no sé qué pasó, sí noté que tenía malas compañías, pero por más que uno les dice no hacen caso”, o afirman “lo culpan a él, pero fueron sus amigos” e incluso “a ver si así escarmienta, yo ya no sé qué hacer” (Tello, 2018).

De los que ya dejaron la secundaria, pocos tienen algún empleo, en todo caso alguno elemental; son mensajeros, reparadores, albañiles, vendedores ambulantes, pobremente pagados. Los más no hacen nada: ni estudian, ni trabajan y se conocen como *ninis*,²⁴ casi no tienen relaciones con su familia pues sus horarios son diferentes,²⁵ Si llegan a coincidir, los jóvenes son increpados, reciben gritos, desprecio, rechazo. Por eso, se juntan con otros chavos que viven circunstancias semejantes a las suyas, pasan mucho tiempo juntos, en

21 Se pierde el tiempo y puede ser peligroso, no nada más para el denunciante, sino también para el policía que en algún caso lo acompaña.

22 Todos los datos sobre los alumnos de las secundarias son de estudios realizados por nosotros en la CDMX.

23 Entrevistados afuera de las Casas de Adolescentes.

24 Son unos *ninis* muy diferentes de aquellos que al terminar sus estudios no encuentran trabajo y serán becados para capacitarse en las empresas, en programas propuestos por el nuevo Gobierno Federal.

25 Los padres son trabajadores que salen temprano de su casa y regresan tarde, pero se acuerdan lo más pronto que pueden; los chavos que ni estudian, ni trabajan, no se levantan antes del mediodía, salen de sus casas y regresan después de medianoche.

la calle. La mayoría consume algún tipo de droga, y cometen –de vez en vez– algún acto vandálico. Viven el momento como si fuera eterno, sin futuro, sin horizonte, con desesperanza y sumidos en un pensamiento mágico que los lleva a decir: “el día que quiera dejo esto y me pongo a trabajar”, simultáneamente afirman: “no quiero que mi carnalito se meta en esto”. Se desinstitucionalizan por completo, únicamente tratan con policías que los extorsionan. A veces les dan vueltas en las patrullas para quitarles lo poco que traen; otras, ni caso les hacen; y casi nunca los presentan en el ministerio público. Su mundo se reduce a una sobrevivencia cotidiana, a relacionarse con otros iguales a ellos. En cualquier momento pueden ser invitados a obtener una ganancia extra cometiendo cualquier delito, no hay más allá. Un chavo que ya no va a su casa dice: “con mi mamá todo era diferente antes, desde que se juntó y tuvo un bebé todo cambió. Ahora vivo aquí, dejé la escuela, asalto en el transporte, ayer sí tuve que “bajarme” a uno”... (Tello, 2018). El Banco Mundial afirma que existe una correlación entre el aumento de delincuentes y el aumento de *ninis*.

Un estudio de Zazil Pérez (2018) muestra cómo los jóvenes de secundaria que se dedican a actos vandálicos tienen modelos que no son el policía, el maestro o el niño bien portado; son los transgresores, el jefe de la banda, el que se atreve a más, el que arriesga todo cuando roba, el que comete más actos ilícitos. Comienzan faltando a la escuela y dedicándose a jugar, pero muchas veces se convierten

en transgresores y el delito se transforma en su forma de vida. Viven el momento pues tienen pocos horizontes de elección. La violencia es parte de su cotidianidad y sus compás; son sus valedores. Para Barón, las condiciones del exterior –falta de límites y de control– y la presión de grupo son determinantes para la aparición de la violencia. Según Moriconi es principalmente por la falta de conciencia social. Por si fuera poco, sus acciones no son condenadas por nadie. Una mamá, que visita a su hijo en una Casa de Adolescentes, dice: “mi hijo cree que hacer eso es trabajar”.

Cuando se habla de violencia los jóvenes están en el centro, ellos son los principales actores del problema, como víctimas o como agresores (o ambos, según las circunstancias). Las estadísticas actuales dicen que 88% de los delincuentes tiene menos de 29 años, participa en todo tipo de delitos, principalmente en el narcotráfico y en el robo. Un porcentaje de los ingresados en cárceles para adultos estuvieron en casas de adolescentes; sus primeras entradas al penal fueron con penas mínimas, y ahí comenzó una serie de entradas y salidas. Así los jóvenes se van vinculando con los delincuentes de adentro y de afuera. En ese espacio se van ganando un lugar y un reconocimiento. Ellos, los jóvenes, son los menos interesados en participar en programas de rehabilitación; su interés se centra en pertenecer a un grupo sólido de operación delictiva. La violencia deja en la persona un trauma, una herida, una huella para toda su vida (Biró, 2003).

Como se ve, es un problema marcado por el género, no es casual, ni es porque los hombres sean más agresivos que las mujeres. Culturalmente, en cuanto un niño llega a la adolescencia, tiene que hacerse "hombrecito". Los chavos salen o entran a su casa cuantas veces quieren, a las horas que quieren; no hay control, menos autocontrol. Tiene muy pobre capacidad de expresión de su vida afectiva y emocional, no la saben manejar constructivamente. Solo alrededor de 63% de ellos vive en hogares con sus padres, no a todos les gusta su familia. A veces, viven en familias extensas, donde hay muchas y disminuidas figuras de autoridad, lo que es contraproducente, pues tales estilos de vida propician la existencia de bandas, de fuerzas territoriales, de presión de los mayores sobre los menores. Aproximadamente un tercio de los alumnos de secundaria entrevistados afirma no poder decir "no" a lo que le piden sus amigos, aunque no estén de acuerdo. El 30% de los chavos de la secundaria reconoce haber tenido algún familiar detenido, y, más o menos, 15% haber hecho tratos con la policía. Algunos afirman haber pertenecido a una banda y cometido un acto vandálico (EOPSAC, 2014). Todo esto antes de cumplir 16 años de edad. No pasa lo mismo con las niñas, con quienes sucede lo inverso: al llegar a la adolescencia son cuidadas y restringidas en sus salidas y relaciones; por supuesto que algunas participan en actos delictivos, pero son las menos,²⁶ aunque su participación en la violencia sutil y coti-

diana no es menor. Para todos, ellas y ellos, el rechazo, la desconfianza, la exclusión los hace crecer buscando espacios de mayor aceptación, confianza, inclusión, donde ser reconocidos. "Si queremos comunidad donde las personas puedan vivir tranquilas y donde los niños vayan a la escuela sin miedo, tenemos que actuar para transformar sus entornos" (Alvarado, 2017)

Responsables somos todos

Hace un tiempo se hubiera dicho que los chavos mencionados arriba eran disfuncionales; hoy se les considera funcionales al subsistema informal de sobrevivencia de una sociedad que no ofrece opciones a sus jóvenes, dentro de la formalidad. No es posible ignorar que la sociedad de la desigualdad y de la desconfianza en que vivimos –dentro de un México cuya la economía es la número 15 del mundo, por volumen del Producto Interno Bruto (PIB)– solo ofrece 40% de empleos formales a su población en edad de trabajar. Esta sociedad con 60 millones de pobres se estructura en torno al mercado, con 60% de trabajos informales. Pero el deseo exacerbado de tener y desechar, de consumir bienes y servicios materiales, es igual para todos. Seguir consumiendo es lo dominante; se consume todo, también las relaciones momentáneas, casuales, superficiales. En un mundo que exacerba el individualismo, lo inmediato, el goce, prevalece la desesperanza en un futuro que se escucha en soledad, porque a pesar de la necesidad que sentimos del otro no sabemos dónde encontrarlo, cómo descubrirlo, cómo relacionarnos con él, desde lo que

26 Aun así, el número va aumentando.

somos.²⁷ Nos han dicho que desconfiemos del otro, que no nos acerquemos, que nos quiere ver la cara. Lo mejor es cierta lejanía. Sin embargo, es necesario reconocer que esta sociedad desigual y violenta, que vive enjaulada, todavía, de vez en cuando, le echa un ojo y una mano al otro.

Todos los entrevistados, de la Ciudad de México, concluyeron que los problemas investigados son responsabilidad de otro actor social: gobierno, jóvenes, padres de familia, policías, maestros. Nadie culpó a los delincuentes, y a nadie se le ocurrió –ni por casualidad– que él mismo también podría ser responsable de la situación actual. Nadie mostró el menor compromiso con el otro, ni denotó que la interdependencia con los demás fuera responsabilidad²⁸ del ser en sociedad. Como dice Moriconi, no contamos con la menor civilidad que nos lleve a pensar en el otro como nuestro igual. Cada actor de la comunidad construye un imaginario de intereses continuamente enfrentados y confrontados. Cada grupo tiene sus propios problemas “existenciales” derivados de las condiciones impuestas a su mundo de vida; ningún grupo asume sus responsabilidades y solo reclama el incumplimiento del otro.

Este modelo de mundo de vida no satisface las necesidades de nadie, en sus dimensiones existenciales; genera carencias y exclusión, reduce opciones de vida en todos los sentidos y convierte a muchos en víctimas silenciosas que, paula-

tinamente, van perdiendo la orientación de sus vínculos, si es que algún día la sobrevivencia cotidiana les permitió desarrollarlos. Sin capacidad de relacionarse, se ven difusamente a sí mismos, y al otro no lo distinguen.²⁹ Lo que, según Cárdenas, afecta “sus procesos de razonamiento, aprehensión y conciencia”, emocionales y de inserción en un realidad como parte de los otros. Así, nos aproximamos a la comunidad inexistente de Bauman.

Los jóvenes son quienes experimentan de manera más frontal la violencia, en la actualidad explícitamente convertida en una opción de vida y, hemos de reconocer que históricamente todos participamos en su construcción. Equivocamos el rumbo, ni duda cabe, pero aún hay esperanzas. De acuerdo con Bauman, el mundo no tiene que ser de la forma que es, y hay opciones a lo que actualmente parece ser tan natural o, como dice Luhmann, si las cosas existen de una forma es indudable que pueden existir de otra. Entonces...

Sin embargo, pareciera que cada día nos alejamos más de lo que aspiramos. Seguimos recreando lo que tenemos, en lugar de asumirnos como sujetos histórico-sociales incompletos, necesitados del otro, de relaciones de afecto, de cuidado. Rechazamos la dependencia y la sujeción a él, a la vez que promovemos la autonomía, en un espacio público común como horizonte de posibilidad colectiva, de igualdad, de diálogo, de completitud, de tejido común entre todos nosotros.

27 Busco al otro, sí, pero quiero encontrar un otro que no me saque de mi nicho, que no exija de mí, que no me irrite, que no me cuestione.

28 La responsabilidad moral en relación con el otro no apareció en el discurso ni en la acción.

29 La escala jerárquica de la sociedad los separa tanto que ni siquiera se ven, en ella pierden la noción de la existencia del otro.

El mercado y los modos de vida dominantes que hemos adoptado nos fraccionan, nos vuelven indiferentes. Si el otro no es mi semejante, si no lo reconozco como un sujeto igual a mí, puedo dañarlo, puedo cosificarlo, puedo hacerlo a un lado porque solamente es un obstáculo en mi camino. Esto hace viable la irracionalidad de la violencia. Y como sé que él piensa lo mismo respecto a mí le tengo miedo, desconfianza, me alejo y lo evito; si es necesario, lo desaparezco. Siento temor, soy consciente de que el orden social construido en la injusticia y en la desigualdad me controla, no me protege.

Necesitamos una transformación, sí, pero la inseguridad no desaparece con buenos deseos, la violencia no se acaba con más violencia, ni la ilegalidad cambiando la Constitución. La inseguridad no termina con enfrentamientos entre los desiguales, la violencia no termina con subsidios ni la ilegalidad con nuevos funcionarios, menos con la Guardia Nacional. Nuestra sociedad ambivalente, dice Bauman. Necesitamos reconstruirla, pensar en el otro. Ya hemos señalado que hoy la sociedad no se interesa en el otro, ni se siente responsable de él, sin embargo, la confianza en los demás es esencial para el buen funcionamiento de una sociedad,

Frecuentemente vemos al otro como un extraño, como alguien ajeno, alguien distinto, y al verlo así lo estamos clasifi-

cando, nos estamos separando. El reto es resignificar al otro, entender que somos parte de la solución que buscamos. Con Emma Leon decimos encontrar algunos resortes ocultos que dinamicen las relaciones de interdependencia con los de adentro y los de afuera.

El sentimiento del bien común es la orientación hacia donde proponemos cambiar, para transitar a la seguridad y a la convivencia solidaria, las cuales se construyen en el diálogo que escucha, que acepta la diferencia y nos acerca. El mundo se constituye como el horizonte universal de la experiencia. La experiencia es llevada al sentido del mundo como proceso desde la intersubjetividad (Luhmann, 1996). Desgraciadamente, hoy se necesitan profesionales que entretejan lo social; lo que antes se lograba en forma espontánea, ahora necesita de acciones racionales, intencionales, generadoras de nuevas habilidades para la reconstrucción de lo social. No son deseos, son necesidades de sobrevivencia como sociedad y como humanidad. La diferencia no es magia. La diferencia, de acuerdo con Derrida, es ruptura, y la ruptura es pensamiento, es palabra, es acción. Para nosotros, hay que entretejer entre el conocimiento, la acción social y el comportamiento solidario.³⁰

30 Evidentemente hablo del desarrollo de procesos de intervención articulados y sustentados en el conocimiento.

semblanza

Nelia Tello es maestra en Trabajo Social por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM); académica de la Escuela Nacional de Trabajo Social de la UNAM; especialista en violencia e inseguridad comunitaria, temas que ha investigado desde hace 25 años.

Referencias

- Alvarado, N. (2017). Discurso de apertura de la encargada de Seguridad Ciudadana del BID, realizada en la Clínica de Seguridad Ciudadana sobre inseguridad. Medellín, Colombia.
- Baró, I. M. (2003). *Poder, ideología y violencia*. Madrid, España: Trotta.
- Blair, E.(2009), *Aproximaciones teóricas al concepto de violencia*. Antioquía, Colombia: Instituto Regional de Estudios de Violencia-Universidad de Antioquía.
- Cárdenas, J. (2016). *La ética frente a la amenaza*. Monterrey, México: Plaza y Valdés-TEC de Monterrey.
- Derrida, J. (2005). *De la gramatología*. México: Siglo XXI.
- Escalada, R. Nudos de la violencia. Recuperado de www.rodolfoescalada.com.ar/escritos/2017/Nudos_de_la_Violencia.pdf
- Garland, D. (2001). *La cultura del control*. Barcelona, España: Gedisa.
- González J. (2000). Ética y violencia (la *vis* de la virtud frente a la *vis* de la violencia). En Adolfo Sánchez (ed.), *El mundo de la violencia*. México: Facultad de Filosofía y Letras-UNAM/Fondo de Cultura Económica (pp. 139-146).
- EOPSAC. (2002, 20012, 20014). Encuestas sobre violencia, inseguridad, ilegalidad, documentos de trabajo. México: Autor.
- EOPSAC. (2013). Encuesta escuelas secundarias públicas del DF. México: Autor.
- León, E., et al. (2009). *Los rostros del otro*. Madrid, España: Anthropos.
- López Portillo, E. (2004). La reforma a la seguridad y a la justicia. *Nexos*.
- Humboldt, A. (1822). *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España*. México: Porrúa.
- Moriconi, M. (2011). Víctimas, cómplices e indiferentes. *Foro Internacional*, 203, 137-166.
- Morris, R. (noviembre, 2018). El Estado ausente y el México salvaje. *Nexos*.
- Pansters, W., y Castillo Berthier, H. (2007). Violencia e inseguridad en la Ciudad de México: entre la fragmentación y la politización. *Foro Internacional*, XLVII(3), 577-615.
- Pérez, Z. (2018) Investigación en secundarias del DF, documento de trabajo para la tesis. México: Picha, Cacha y Barea/ENTS/UNAM.
- Santos, B. de S. (2005). Desigualdad, exclusión y globalización. *Revista de Interculturalidad*, 1, 9-44.
- Tello N., (2014). *Violencia, inseguridad, ilegalidad en jóvenes de 10 municipios EOPSAC*. México: Centro Nacional de Prevención de la Violencia.

- Tello, N. (2017) Investigación inseguridad, violencia, ilegalidad en escuelas secundarias de la Ciudad de México. Documentos de Trabajo.
- Tello, N. (coord.) (2019). *Estudio violencia y jóvenes en la ciudad de México, grupo de prácticas 1506*, México: ENTS-UNAM.
- Sofsky, W. (1996). *Tratado sobre la violencia*. Madrid, España: Abada Editores.
- Ventura, P. (2017). La delincuencia juvenil va al alza en la CDMX: narcome-nudeo y robo, los principales delitos. *ElBigData*. Recuperado de <https://elbigdata.mx>
- Zavaleta Betancourt, J. (2011). El campo de los delitos en México. *El Cotidiano*, 170, 15-25.